

β

Carlos Alejandro Flores Eudave

---

Noveno semestre, Licenciatura en Filosofía

## El programa de Grice: Más allá del significado literal. Intencionalidad y Expectativa

*Grice ha identificado y elaborado un tipo especialmente importante de problematicidad: el conflicto entre el acto lingüístico ejecutado por el hablante y las expectativas que todo oyente «normal» tendría en las mismas circunstancias.*

Marcelo Dascal,

*La pragmática y las intenciones comunicativas.*

### Introducción

Cuando un hablante emite una preferencia  $x$ , hay ocasiones en las que la audiencia puede entender otra cosa que diverge del significado literal de los signos o símbolos empleados en  $x$ ; a saber, la audiencia, al escuchar  $x$ , entiende  $y$ . Sin embargo, esto no se debe a que en alguna circunstancia particular el significado literal de  $x$  cambie (éste es atemporal e inmutable); pero entonces, cómo o por qué es que en algunas ocasiones, por ejemplo en el sarcasmo, la ironía o los alburas, la audiencia logra identificar un significado no estandarizado (que puede variar de ocasión en ocasión y que no siempre se infiere el mismo significado “diferente” del literal para una o más preferencias dadas) que se infiere a partir no sólo de la expresión empleada, sino también de cómo ésta se emite (tonos de voz, semblantes físicos, guiños, etcétera), bajo qué condiciones (contexto), qué sea lo que “se quiera decir” (intencionalidad del hablante) y cuál es la respuesta que se espera (expectativa que tiene el hablante de su audiencia).

Así, el presente trabajo buscará describir precisamente las repuestas a tales interrogantes: cómo y por qué (o con base a qué) podemos entender y al escuchar  $x$  sin que nada de la primera esté contenido ni directa ni indirectamente en el segundo. Para ello abordaré el programa del filósofo británico Herbert Paul Grice enfocado a la pragmática, en el que expone la distinción que hay entre el significado literal y el significado del hablante, dándole a este último una singular importancia.

¿Y por qué Grice? porque me parece que su propuesta tiene grandes ventajas respecto a otras similares, para hacer frente a ciertos problemas que surgen cuando uno se pregunta cómo y porqué entendemos en ocasiones algo que supera los límites del significado literal de las preferencias emitidas por un hablante, y que tienen su origen en la intencionalidad y expectativa que tenga para comunicar a su audiencia algo más de lo que significan literalmente las palabras (símbolos, o cualquier otra expresión lingüística) que se emplean en determinadas preferencias.

Mi tesis a defender será que el programa de Grice es mucho más que un simple reduccionismo del significado lingüístico a la psicología, y que las máximas que propone para sostener su estructura están más allá de ser sólo “convencionalismos psicológicos” conscientes o tácitos que deban tener tanto el hablante como su audiencia para identificar, comprender y responder de manera apropiada a lo que “se quiso decir” en lugar de a lo que se dijo, sino que además parecen tener una raíz más sólida establecida que surgió del problema de la inducción de Hume, en lo confirmadas que están las teorías dependiendo de la evidencia; en este caso, de cómo y por qué entendemos  $y$ ,  $w$  o  $z$  al escuchar  $x$ .

Este cuestionamiento me parece importante porque rescata aspectos que la sintaxis y la semántica pasaban por alto, como la importancia que tiene el sujeto dentro del lenguaje y la comunicación, que trascienden al análisis puramente lógico y estructural y que llegan hasta la intencionalidad y la expectativa de lo proferido para con el hablante.

## La propuesta de Grice

Primeramente, debemos exponer qué es lo que “quiso decir” Grice con su teoría. Comúnmente, las teorías del significado se enfocaban en tratar de explicar qué es el significado partiendo de un análisis sintáctico y semántico del lenguaje, es decir, de su estructura lógica, viéndolo como un cúmulo de expresiones con valor intrínseco sin relación con los interlocutores que lo utilizaban. Sin embargo, como es fácil apreciar, estas teorías no podían hacer frente en la mayoría de los casos a cuestiones como los dobles sentidos, la falta de conocimiento de un hablante cuando profería una expresión que creía significaba tal cosa, cuando en realidad significaba algo distinto, o juegos del lenguaje que cambiaban radicalmente las reglas de uso. Así, Grice consideró que lo que le faltaba a dichos análisis del lenguaje era introducir la simple

presente variable de los sujetos involucrados en la comunicación: el hablante y la audiencia.

De este modo, Grice elaborará un programa que, aunque con ciertos escollos, era capaz de dar cuenta del papel que jugaban tanto la intencionalidad y expectativa que guardaba el hablante (H) al comunicarle  $x$  a su audiencia (A), así como la consciencia y reconocimiento que ésta tuviese de ellas para poder responder de manera adecuada. “Al proferir una emisión un hablante intenta comunicar algo  $y$ , a la vez, intenta que su intención comunicativa sea reconocida por su oyente: intenta, por ejemplo, inducir en él una creencia o lograr que lleve a cabo determinada acción mediante el reconocimiento de su intención (del hablante)[...]” (Valdés, 2005: 479).

Así pues, los aspectos fundamentales del programa de Grice consistían en que se cumplieran ciertas máximas. Para que  $y$  fuera verdadero (se entendiera a-partir-de/por  $x$ ), H debió proferir  $x$  con la intención de que:

1. A llevase a cabo una cierta respuesta  $r$ ,
2. A pensara (reconociera) que H intentaba 1,
3. A cumpliera 1 sobre la base de su cumplimiento de 2.

## Relevancia de la intencionalidad, no del “cambio” de significado

Aquí debemos hacer una pausa para resaltar algo importante. En el ejemplo que se menciona en “Las intenciones y el significado del hablante” sobre el sujeto (H) que canta con una voz estridente determinada canción, con la intención de que (A) se marche, dice Grice, H realmente tiene la intención de que A se vaya porque desea que se vaya, no porque no pueda soportar su canto (Grice, 1969: 502), esto es, cumpliendo las condiciones arriba mencionadas, H profiere  $x$  (cantar estridentemente una canción) con la intención de que (1) A lleve a cabo una cierta respuesta (marcharse); (2) A reconozca que H intentaba esa respuesta 1 (marcharse); y que (3) A cumpliera 1 (se marchase), debido en parte a 2 (que reconociese que la intención de H era 1, que se marchase). Hasta aquí todo parece perfecto, pero Grice señala un aspecto de suma importancia: realmente no importa qué haya sido  $x$  ni  $y/r$ , el asunto reside en que A se percate de la relación que guardan ambas, es decir, no de qué significa-

ban literalmente  $x$  ni  $y/r$ , sino de que la intención de H era que éste entendiese cuál era el mensaje (entender  $y/r$  por  $x$ ) y efectuar su respuesta con base en ello; “[...] el éxito de intenciones del tipo involucrado en la comunicación requiere que aquellos a quienes van dirigidos los mensajes o los cuasimensajes sean capaces, en las circunstancias en cuestión, de tener ciertos pensamientos y de extraer determinadas conclusiones” (Grice, 1969: 502).

Y lo que es más, el reconocimiento de esto nos permite evadir la crítica de que pueden reunirse las condiciones sin que haya algo lingüístico que el hablante haya querido decir, pues, como acabamos de ver, en realidad importa poco cuál haya sido propiamente el significado del hablante (diferente del literal), lo que importa es que se reconozca que hubo una intencionalidad tal de que A entendiese y por  $x$  y actuara en consecuencia de ello.

Analicemos el otro ejemplo. Tenemos el caso de Searle del soldado estadounidense de la Segunda Guerra Mundial que es capturado por tropas italianas. El soldado, con la intención de que sus captores lo liberen, intenta hacerse pasar por un oficial alemán (pues Alemania e Italia eran aliados en la guerra), profiriendo la única frase que sabe en alemán (una frase que no tiene relación alguna con ser oficial, con liberación de prisioneros ni con alianzas nacionales ni nada por el estilo, es pues, una frase  $x$  “al azar”). Así, tiene la intención de que ellos crean que es un oficial alemán e intenta producir tal creencia sobre la base de que reconozcan que esa es su intención al proferir la frase  $x$ . Searle, sin embargo, le objeta a Grice que es imposible que el soldado haya querido decir “yo soy un oficial alemán” con la preferencia de  $x$ , que significa literalmente “¿conoces la tierra donde crece el limonero?”.

Nuevamente vemos aquí el mismo fallo que en el ejemplo anterior. Al parecer Searle no tiene en cuenta que, repito, importa poco lo que signifiquen literalmente tanto lo que se profirió como lo que se quiso decir con ello. La importancia está en que la audiencia reconozca que el hablante tiene determinada intencionalidad (la de hacerles saber, en este caso, que es un oficial alemán). Y lo que importaría para el ejemplo sería, primordialmente, que A no supiese alemán pero que, no obstante, fuese capaz de reconocer dicho idioma si lo escuchase, aunque no entendiese su significado: en realidad, A no tiene siquiera porqué creer que  $x$  significa algo en particular (ni “yo soy un soldado alemán”, ni “por la mañana bebí café”, ni “los vientos en El Cairo son devastadores”, ni ninguna otra cosa particular), pues bastará con que reconozca que  $x$  es una frase per-

teneciente al idioma alemán y que, por ende, quien la profiere es alemán (que son aliados) y que debe liberarlo.

Así, el soldado estadounidense, en caso de que desconociese hasta la más mínima palabra en alemán, pero que conociese en cambio el acento y ademanes alemanes, podría inclusive intentar “inventarse” palabras y frases (que, por supuesto, carecerían de todo significado literal y sólo están dotadas de significado por su intencionalidad) y proferirlas con tal acento y ademanes para intentar persuadir al enemigo del que, sólo en caso de que fuese tan ignorante del alemán como él, caería en su trampa. Pero ese no es el punto. El asunto es que aun y cuando la preferencia careciese de todo significado literal, el programa de Grice puede funcionar si hay una intencionalidad por parte de H para que A responda  $r$ , y que lo haga sobre la base de reconocer que esa era la intención de H y, además, que lo hiciese por reconocer también esa última intencionalidad.

Y ya que salvamos a Grice de esa bala, prosigamos pues para encontrar una defensa aún más robusta a una crítica aún más fuerte.

## El inductivismo al rescate

En la introducción mencioné que uno de los propósitos (de hecho el principal) del trabajo sería dar cuenta de cómo o por qué es que llegamos a entender significados de los hablantes que pueden tener poco o nada que ver con los significados literales de las preferencias. Así, después de quebrarme la cabeza un buen rato con las críticas que se hacían a que la forma precisamente en la que comprendíamos dichos significados de los hablantes (diferentes y no inferenciales de los literales) estaban totalmente injustificadas, y que sólo se podían explicar mediante convenciones lingüísticas previamente hechas por una comunidad, recordé que ello es justamente a lo que se enfrenta el problema de la inducción de Hume, a saber, ¿cómo podemos justificar la creencia de que aquellas conjeturas a las que se llega mediante la inducción, continuarán siendo tan válidas en el futuro como lo fueron en el pasado?

Me pareció que el problema que enfrenta el programa de Grice es a grandes rasgos el mismo: ¿cómo es que entendemos  $y$ ,  $w$  o  $z$  sobre la base de  $x$  que bien puede no tener relación alguna su significado literal con las interpretaciones que se hagan de él en determinados contextos? Para ello, es necesario que haya sí una cierta pauta, convencional si se quiere, sobre los diversos significados no literales que puede tomar una

determinada preferencia. Pero si ésta depende del contexto, parece que la úncia pauta sobre la cual podrían interpretarse los diferentes significados debería ser de patrones inductivos y, quizá, por asociación. Me explico: ciertamente, por más contextuales que sean los significados de los hablantes y se diferencien por mucho o poco de los significados literales, me inclino a pensar que hay ciertas reglas que seguir para las interpretaciones, es decir, que no son totalmente arbitrarias. Supongo que debe existir algún patron de asociación mediante el cual liguemos ciertas preferencias con determinados significados del hablante. Por ejemplo, si invito a un amigo a una cena con mi familia, y de repente se le ocurre comenzar a platicar (frente a mis padres) alguna anécdota de algo que hayamos hecho en una fiesta y que yo no quiero que mis padres se enteren, bastará con darle un ligero puntapié (oculto bajo la mesa y que nadie lo notará) para que él cese de hablar sobre ello o cambie el tema, pues él reconocerá que mi preferencia (el puntapié) quería decir algo como “cállate, no hables de eso”, reconocerá, además que mi intención era que él entendiera eso y que actuara en consecuencia. ¿Pero ello significa que un puntapié significa (literalmente), “cállate, no hables de eso”? Parece que no. ¿Significa entonces que, dado lo arbitrario y cotextual que parece ser asignada una interpretación cualquiera a una preferencia cualquiera, lo que él interpretó fue tan azaroso y de casualidad inmensa, y que bien pudo haber interpretado algo como “la semana pasada asistí a un concierto”, que nada tendría qué ver con las circunstancias? parece que no.

No creo que las interpretaciones que se hacen de las preferencias para entender un significado del hablante sean tan rígidas como para poder elaborar una tabla de asociación en la que establezcamos qué preferencia correspondería a qué interpretación bajo cierto contexto. Pero tampoco creo que sean totalmente arbitrarias y que, por ende, se pueda asociar cualquier interpretación a cualquier preferencia.

A mi parecer, existe un patrón de asociación que es justamente la inducción, y que no es (a grandes rasgos, claro) tan difícil como parece encontrar cómo o porqué entendemos y cuando alguien profiere  $x$ , en lugar de simplemente entender llanamente  $x$ .

Así, retomando el ejemplo de la cena familiar con mi amigo, creo distinguir que la razón por la cual, debido a mi puntapié, él entendió “cállate, no hables de eso” en lugar de “la semana pasada asistí a un concierto”, fue que utilicé algo que casi me atrevería a llamar básico de la naturaleza: el conductismo. En este caso, utilicé un reforzamiento negativo (un puntapié) para extinguir una conducta inapropiada (hablar de lo que

no debe), es decir, la interpretación que hizo mi amigo de mi preferencia fue, *casi*, necesaria.

De este modo, podemos ver que el significado del hablante es resultado en gran medida (más no totalmente), por nuestros razonamientos inductivos, más que por simples convenciones sociales en las que se establecen qué cosas se pueden sustituir por cuáles otras. En otras palabras, somos más propensos a interpretar y entender el significado del hablante no tanto debido a que exista una relación intrínseca entre éste y el significado literal de la preferencia, ni tampoco debido únicamente a “estados psicológicos particulares”, sino que asociamos diversas respuestas a estímulos más o menos particulares de manera inductiva.

## Conclusión

Tras lo expuesto en este breve ensayo pudimos descartar algunas críticas que se han hecho al programa de Grice, y hemos, me parece, esquivado otras sin necesidad de morder las balas.

En suma, me parece que lo más importante del trabajo fue la última sección, en la que me permití esbozar una respuesta, espero no tan deficiente, de lo que a mi modo de ver era la cuestión más importante a la que se enfrentaba dicho programa: cómo y por qué podemos entender significados del hablante siendo que éstos (aunque sí pueden) no siempre tienen relación directa ni indirecta con el significado literal de las preferencias. Me parece que con tal propuesta es posible simplificar un poco el problema y visualizar de manera más nítida que las interpretaciones que se hacen de los significados literales, ni son cerradas, ni son completamente azarosas e incognoscibles, sino que podemos trabajar con ellas de manera un poco más clara.

## Referencias

- Dascal, M. (Comp.). (2013). *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* [Vol. 18], Madrid, Trotta.
- Grice, H. (1969). *Las intenciones y el significado del hablante*.
- Valdés, L. (Comp.). (2005). *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos.